

## EL INQUISIDOR GENERAL ARCE. EN LA SOMBRA DEL PODER

JOSÉ MARÍA CALVO FERNÁNDEZ  
Doctor en Historia

En agosto de 1796, Godoy, que había dejado atrás su enemistad con los revolucionarios franceses, estableció «perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva entre S. M. Católica y el rey de España y la República francesa»<sup>1</sup>. Este cambio en los conciertos internacionales conllevó una modificación de tintes liberales en la política doméstica. El favorito, que deseaba maquillar la imagen exterior de su gobierno, repartió las carteras y los altos cargos gubernamentales entre lo más granado de la Ilustración española. Gaspar Melchor de Jovellanos se convirtió en Secretario de Gracia y Justicia a la par que Francisco de Saavedra se hacía cargo de la Hacienda. También Francisco de Cabarrús, Juan Meléndez Valdés y Mariano Luis de Urquijo ocuparon puestos relevantes. Todos ellos eran bien vistos por París.

Pero la institución española más aborrecida, censurada y, por consiguiente, vigilada desde el país vecino seguía siendo la Inquisición. Pese a que las actuaciones del Tribunal durante el siglo XVIII poco tenían que ver con la crueldad de siglos anteriores, el mito inquisitorial seguía siendo la clave interpretativa para explicar el atraso del país, su analfabetismo, intolerancia y decadencia. Tanto Montesquieu, en *El espíritu de las leyes* y en sus *Cartas Persas*, como Voltaire, en casi todas sus obras, habían levantado sus voces indignadas contra los abusos de la Iglesia y, particularmente, contra la injusticia y tiranía de la Inquisición en España. Era preciso y urgente «écrasez l'infame». Además, el inquisidor general Lorenzana era considerado una «pécora» por el secretario de la legación francesa en España<sup>2</sup>. La mayoría del pueblo y de los gobernantes

<sup>1</sup> Tratado de San Ildefonso, 18 de agosto de 1796, artículo I.

<sup>2</sup> AAEF, Correspondance Politique 646. De 19 de febrero a 9 de abril de 1797. Madrid, 3 de germinal del año 5 (23-3-1797).

franceses compartían el pensamiento de Voltaire sobre la Inquisición española: era «incomprensible que los hombres hayan sufrido este yugo con paciencia»<sup>3</sup>.

Simultáneamente, a finales de 1796, la situación del Vaticano era desesperada. Las fuerzas pontificias fueron destrozadas por las francesas que se encaminaron a Roma. Pío VI tuvo que aceptar las duras condiciones de la Paz de Tolentino que le impuso Napoleón. La creciente autoridad política, militar e intelectual de Francia se hacía insuperable para los gobernantes españoles.

En estas complejas circunstancias, se produjo el ascenso meteórico de Ramón José de Arce, un activo clérigo ilustrado que alcanzó hábilmente la cúspide del poder eclesiástico en un periodo extremadamente convulso y fecundo de la historia de España. Entre 1797 y 1813, fue consejero de Estado, arzobispo de Burgos y Zaragoza, inquisidor general, patriarca de las Indias, vicario general de los Ejércitos, presidente y director de Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, además de amante de la marquesa de Mejorada, «hechura» de Godoy, confidente de los reyes, afrancesado e íntimo amigo del rey José Bonaparte. En 1814, tras el retorno a España de Fernando VII, Arce se vio forzado a renunciar a sus cargos y a exiliarse en Francia de forma definitiva. Fue el obispo más duramente sancionado, el único prelado afrancesado que murió fuera de su patria. Su destierro duró 30 años, aunque durante esta etapa francesa tampoco permaneció inactivo.

Sus actuaciones han merecido ser citadas y comentadas en memorias y biografías, en crónicas e historias, pero no existía hasta el momento ningún estudio completo, riguroso y científico sobre él<sup>4</sup>. Así lo reconocieron humildemente sus biógrafos. Ana Ruiz Pastrana insistió en la necesidad de realizar un análisis completo de todos los ámbitos en los que actuó este controvertido personaje<sup>5</sup>. Julio Caro Baroja recordó que valdría la pena hacer un estudio minucioso sobre su oscurecida memoria<sup>6</sup>. Su mejor biógrafo, Gérard Dufour, el gran hispanista francés, observó que, a pesar de tantas referencias, seguimos a falta de un estudio global de este prelado<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, traducción de C. Lanuza, Nueva York, Tyrell y Tompkins, 1825, tomo VIII, p. 83.

<sup>4</sup> Véase mi biografía *Ramón José de Arce: inquisidor general, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados*, Fundación 2008, Zaragoza, 2008..

<sup>5</sup> RUIZ PASTRANA, Ana, *El Inquisidor General Ramón José de Arce. Su carrera eclesiástica*, D.L. GU-370-1985. Tesina de fin de carrera, sin publicar, dirigida por Miguel Avilés Fernández. BNM.

<sup>6</sup> CARO BAROJA, Julio, *El señor Inquisidor y otras vidas por oficio*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.

<sup>7</sup> DUFOUR, Gérard, «D. Ramón José de Arce» en *Tres figuras del clero afrancesado*, Aix-en-Provence, Université de Provence, *Études Hispaniques* n° 11, 1987.

Esta reconocida falta de estudios no ha impedido, sin embargo, que su conducta haya sido censurada sin piedad. Se le ha acusado de los más terribles vicios y pecados por sectores tradicionalistas: desde mujeriego hasta sacrílego, pasando por traidor y masón. Por el contrario, es frecuente hallar comentarios laudatorios entre sus contemporáneos y en historiadores liberales. Para éstos, su labor como inquisidor sorprendió por su benignidad y sus acciones merecen ser calificadas de heroicas. Las evaluaciones de su conducta son tan contradictorias que rozan la esquizofrenia. Ha sido considerado como un defensor acérrimo del Tribunal de la Inquisición<sup>8</sup> y el encargado de acabar con ella<sup>9</sup>, un miembro de la extrema izquierda de los prelados «jansenistas»<sup>10</sup> y un conservador ultramontano<sup>11</sup>.

Describir su polifacética trayectoria vital es una misión ardua y laboriosa. Precisa contemplar la crítica situación revolucionaria que se vivía en Francia, la andadura vacilante del Gobierno español, inmerso en la transición entre el Antiguo Régimen y la Edad Contemporánea, y las circunstancias calamitosas que asediaban a la Iglesia católica, siempre pendiente de reforma. Las complicadas relaciones entre Francia, España y el Vaticano, unidas a las perturbaciones políticas, socioeconómicas e, incluso, ideológicas de la época, delimitaron el laberíntico sendero por el que Arce transitó.

Su existencia se asienta de forma relevante en varios de los grandes epígrafes de nuestra historia: la Ilustración, la Inquisición, la guerra de la Independencia y los afrancesados. Concretamente, para comprenderla resulta imprescindible analizar los intentos reformistas de los ilustrados y del Gobierno español, enlazándolos con los sucesos revolucionarios en Francia que, tras la dictadura napoleónica, condujeron a la guerra de la Independencia, conflicto en el que el propio Arce «veía aumentarse la lucha y furor de las opiniones, [...], persiguiéndose, y despedazándose encarnizadamente unos patriotas contra otros»<sup>12</sup>.

Su longevidad, 89 años, y sus múltiples y discretas actividades obligan a examinar los reinados de Carlos IV, José I y Fernando VII, destacando los diversos papeles como sobresaliente clérigo reformista, benévolo inquisidor,

<sup>8</sup> *Gran Enciclopedia Aragonesa*, 2000. Prensa Diaria Aragonesa, S. A., Zaragoza, 2000, tomo 2, p. 361.

<sup>9</sup> SAGREDO, F, «Arce, Ramón José» en ALDEA, Quintín y otros, Madrid, *Diccionario de historia eclesíastica de España*. Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1972-1987. p. 79.

<sup>10</sup> AZNAR NAVARRO, Francisco, «El Cabildo de Zaragoza en 1808 y 1809», en *Revista Aragonesa*, Zaragoza, Emilio Casañal, tipógrafo, 1908. pp. 5-15.

<sup>11</sup> HERR, Richard, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964, pp. 349-361.

<sup>12</sup> ASV SS Esteri 1814-1850. Busta 426, 249, 1ª.

intrigante cortesano, codicioso arzobispo, confidente de reyes y líder de los afrancesados.

Por desgracia, Arce fue un personaje prácticamente ágrafo y, además, algunos de sus escritos han sido destruidos o se han traspapelado. Salvo un par de pastorales muy estrictas y la correspondencia oficial que mantuvo desde sus importantes empleos (aunque, extrañamente, varias de sus cartas se han perdido) no se dispone de otros textos salidos de la mano del «último inquisidor». Por tanto, es preciso reconstruir su existencia a partir de los archivos históricos y de las alusiones hechas sobre él por otros escritores.

Teniendo en cuenta que fue «hechura» de Godoy y destacadísimo afrancesado, no es de extrañar que las furias católicas y patrioteras descargasen sobre él todo tipo de improperios. Su condición de inquisidor general tampoco le granjeó el favor de los sectores liberales. Por ello, los documentos y referencias existentes sobre su vida deben ser cribados minuciosamente por los tamices de la verosimilitud y del contraste, ya que, casi siempre, están cargados de sectarismo.

Si la escasez de obra escrita no fuera suficiente obstáculo, su vida nómada y la de sus familiares hace que estos papeles, casi siempre ignorados, estén, para desconuelo de investigadores, extraordinariamente dispersos por Cantabria, Salamanca, Segovia, Madrid, Córdoba, Burgos, Zaragoza, Jerez de la Frontera, Granada, Toledo, Valencia, Barcelona, París, Roma, Nápoles, Caracas, México, etc.

Para contextualizar su trayectoria vital es preciso recordar que durante el siglo XVIII, con el establecimiento de la dinastía borbónica, se impuso en España el concepto de monarquía absoluta importado de Francia. Las nuevas doctrinas políticas, cuyo máximo teorizador era Bossuet, consideraban que el poder lo ejercía el rey por delegación de Dios. En él radicaba la autoridad y de él emanaba la ley. Hobbes justificaba la necesidad de un Estado dotado de autoridad absoluta para que los impulsos propios de la naturaleza humana (la competencia, la desconfianza y la gloria) no condujesen a la sociedad a la discordia, la anarquía, el caos y la revolución. El Estado, en consecuencia, se encargaba de proteger a todos los súbditos y de mantener la paz, canalizando de modo socialmente provechoso los egoísmos particulares. Para alcanzar estos fines, era necesaria una autoridad incuestionable. Su misión consistía en implantar las reformas materiales, administrativas y culturales que modernizasen la nación y que proporcionasen a todos los hombres la felicidad material, fin último de la sociedad.

Carlos III (durante cuyo reinado Arce comenzó su carrera), por influencia de los monarcas europeos, los filósofos y los enciclopedistas, instauró el Despotismo Ilustrado en España. Todas sus reformas, que en el fondo trataban

de incrementar la omnipotencia, el esplendor y la fortuna de la Monarquía, se racionalizaban y se exponían paradójicamente como benéficas para la población. Se encaminaban, sobre todo, al desarrollo de la economía, fundamental para fortalecer la nación y evitar el conflicto social.

Sin embargo, el programa político de Carlos III pronto encontró adversarios. Desde grupos privilegiados, que consideraban peligrosas las innovaciones, se vertieron críticas xenófobas y tradicionalistas. Colegiales aristócratas, jesuitas ultramontanos y foralistas tenaces lanzaron al pueblo famélico contra el ministro Esquilache.

Carlos III, que evitó arrinconar a la nobleza, halló en las capas más bajas del estamento nobiliario, es decir, entre los hidalgos e infanzones, a sus mejores colaboradores, a sus servidores más fieles y laboriosos. Carentes de patrimonios familiares y deseosos de medrar, se esforzaron por hacer méritos ante el monarca. No aspiraban a liquidar la sociedad estamental, sino que ambicionaban el ascenso dentro de la esfera aristocrática, anhelaban ver recompensada su diligencia regalista con el ennoblecimiento y unas buenas rentas. Por el contrario, la nobleza de sangre siempre despreció a estos nuevos aristócratas de mérito. Especialmente, se hizo notorio su menosprecio durante el reinado de Carlos IV. Godoy y su red clientelar estuvieron siempre en el punto de mira de la más rancia aristocracia.

En este ambiente social e ideológico se desarrolló la vida de Arce.

Su formación en Segovia y Salamanca y su larga estancia en esta ciudad universitaria, reseñadas en su *Expediente Académico* y en los *Procesos de Cátedras*, han permitido demostrar que fue uno de los estudiantes de la primera promoción que, en el curso 1777-1778, se benefició de las reformas trazadas por Pérez Bayer para los colegios mayores. El santanderino, carente de un buen «valedor», aprovechó la democratización de dichos centros para ingresar en el Mayor de Cuenca. Por tanto, como hombre que se hizo a sí mismo, Arce circuló desde su juventud por la áspera y recién inaugurada calzada de la meritocracia. Su pobre ejecutoria de hidalguelo norteño no le facultaba para transitar por la privilegiada y veloz vía empleada por la aristocracia. Con su esfuerzo y capacidad trató de alcanzar lo que la endogamia nobiliaria le vedaba: un lugar sobresaliente en la sociedad. Sus reiterados y fallidos intentos de triunfar en las oposiciones para conseguir una plaza de profesor universitario en Salamanca, reflejados en los *Procesos de Cátedras*, reafirman lo expuesto con anterioridad y ponen de manifiesto tanto su ambición como su innegable deseo de ascender socialmente.

Los intentos borbónicos por ampliar la movilidad social y permitir la promoción de las minúsculas clases medias y de la baja nobleza chocaron frontalmente, también en el ámbito universitario, con la resistencia de los

grupos aristocráticos empeñados en mantener sus privilegios y blindar la estratificación social del Antiguo Régimen. Múltiples expresiones de esta cerril oposición nobiliaria afectaron directa o indirectamente a la vida y personalidad de Arce. Así, la tardanza en la implantación de las reformas de los colegios mayores, obstaculizadas por los viejos colegiales (en su mayoría, miembros de la alta aristocracia), retrasaron el acceso de Arce a uno de estos centros. Sólo cuando contaba 22 años y gracias a su valía, logró el ingreso. En las leyendas de sus retratos siempre hizo constar su condición de «colegial» del Mayor de Cuenca en Salamanca. Superar las tradicionales restricciones nobiliarias fue uno de sus primeros logros personales.

La creación de la Orden de Carlos III también fue mal vista por la alta nobleza de origen militar que consideraba indigno de ser nombrado caballero a cualquiera que no tuviese una reconocida prosapia. La divisa de la Orden, *pro virtute et merito*, explicita las conductas que se potenciaban entre los funcionarios más diligentes, entre la nueva nobleza de pluma. Arce, que obtuvo este nombramiento siendo relativamente joven, siempre presumió del mismo. Incluso durante su exilio reclamó insistentemente el uso de las insignias de la Orden. Era uno de los máximos galardones nobiliarios al que podía aspirar. Llegó a ser canciller de esta Orden. En sus retratos y en sus misivas oficiales dejó constancia de ser «Caballero de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III». Fue otro laurel ganado con enorme esfuerzo por su labor como socio y presidente de la Sociedad Económica Segoviana.

Como «hechura» de Godoy, sufrió los desprecios, las injurias y las campañas de desprestigio procedentes del partido aristocrático. El príncipe de la Paz y los suyos fueron siempre considerados como advenedizos y arribistas. Así, la rápida ascensión de Arce al Arzobispado de Burgos, fruto de sus excelentes gestiones al frente de la Real Sociedad Económica de Amigos de la Provincia de Segovia y en la Secretaría de Hacienda, quedó oscurecida para los historiadores por las calumnias de los antigodoyistas.

Sus enfrentamientos con el alto clero zaragozano y con algunos nobles aragoneses también estuvieron animados por un prejuicio propio del Antiguo Régimen austracista, que reclamaba los altos cargos para los naturales del reino de Aragón, y Arce no lo era. Incluso su destierro, exigido por el general Palafox, vino determinado por el odio que le demostró este general aragonés, uno de los puntales del partido aristocrático.

Pese a los desprecios procedentes de la aristocracia, que sin duda debió percibir, y a beneficiarse de las nuevas vías de promoción social abiertas a las clases medias y a la baja nobleza, no cabe definir propiamente su mentalidad como burguesa, sino más bien como aristocrática, propia de un hidalgo de aldea acomplejado por su gris ascendencia. Cuando obtuvo el ansiado poder, su

conducta no pudo ser más tradicional. Usó y abusó de su autoridad e influencias para adjudicar cargos y honores a sus familiares y amigos. Este extremo nepotismo, que le granjeó aborrecimientos y enemistades, quedó sobradamente de manifiesto en los archivos de Zaragoza, Méjico y Venezuela. En todos ellos abundan los nombramientos arbitrarios de sus allegados.

Arce, como muchos personajes de la época, siempre estuvo obsesionado por descubrir sus supuestos orígenes linajudos y acumular títulos nobiliarios. Llegó al extremo de gastar fuertes sumas para lustrar su ascendencia. Tanto él como sus hermanos y sobrinos buscaron codearse, enlazar y emparentar, llegado el caso, con la grandeza de España. Al igual que otros muchos hidalgos, su comportamiento contradictorio, propio de un desclasado, estuvo constantemente guiado por su pasión por los honores, títulos, dignidades y riquezas. Sólo el rey podía concedérselos. Estos reformadores ilustrados, que libraron una dura batalla contra la nobleza, formaron una élite sumisa y complaciente que encajó a la perfección en la maquinaria del despotismo ilustrado de los Borbones.

Su tardía ordenación sacerdotal, según se desprende del *Proceso Consistorial*, revela una escasa, tal vez nula, vocación eclesiástica. Arce, tras ocho años de estancia en Salamanca y viendo concluida su posibilidad de continuar en el colegio mayor, optó, acaso como única alternativa válida, por presentarse a la canonjía segoviana. Seguramente, su rumbo vital hubiera sido muy distinto de haber conseguido una plaza de profesor en la Universidad de Salamanca. También su propensión al lujo y al boato, sus escandalosas relaciones con la marquesa de Mejorada confirman esta escasa inclinación hacia la circunspecta y austera vida religiosa.

Su capacidad de liderazgo, uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad, quedó certificada desde su juventud, cuando resultó elegido por sus compañeros colegiales como rector del colegio mayor de Cuenca. Pocos años después, fue presidente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Segovia por votación de sus socios. Durante el exilio, en varios momentos difíciles para los afrancesados, también estuvo al frente de estos refugiados. En los tres casos se encontraba entre iguales, entre personas que, contando con méritos similares o superiores a los suyos, vieron en él al más capacitado para dirigirlos.

A su innegable carisma, a su capacidad para atraer o fascinar a sus compañeros, hay que añadir su habilidad para halagar a sus superiores, su inmoderada disposición para agrádar a sus jefes y su maestría para ganar su afecto, cualidades extraordinariamente útiles en la carrera de un cortesano. En múltiples ocasiones demostró sus destrezas adulatorias: en el suntuoso bautismo de la hija de Godoy, en sus reiteradas cartas al Papa comunicando

la publicación de la bula *Auctorem fidei*, en los festejos que preparó en 1802 para los reyes en Zaragoza, en la detención de Marchena o en los solemnes actos religiosos que organizó para José I en Madrid.

Arce logró el favor del ministro Campomanes, del príncipe de la Paz, del papa Pío VII, de los reyes Carlos IV y María Luisa, de José I, del ministro de Estado García de León y Pizarro, del duque de San Carlos, embajador en Francia, y del último gobierno fernandino. Todos quedaron extremadamente satisfechos por sus servicios. Con sus quehaceres, con su enorme laboriosidad y habilidad, siempre buscó y alcanzó la recompensa de sus superiores. Es aplicable a Arce el verso del Mío Cid: «¡Dios, qué buen vassallo si oviesse buen señor!». Sólo contados personajes en la historia han alcanzado tantos cargos relevantes con regímenes políticos opuestos. Acaso Talleyrand, como señaló Dufour.

Arce, amén de complacer a sus superiores, siempre estuvo temeroso y muy atento ante la opinión pública, como ya lo manifestó en su pastoral de 1799: «Todos nos acechan, nos censuran y fiscalizan [a los religiosos], y la mejor apología que podemos presentar ante esos calculadores de nuestra utilidad o inutilidad al público, debe cifrarse en el exacto cumplimiento de nuestras obligaciones»<sup>13</sup>. Muchos de sus actos cobran su pleno significado al interpretarlos desde la preocupación obsesiva de Arce por mostrar una buena imagen pública, por exteriorizar ante sus jefes un perfil políticamente correcto en cada circunstancia. Por ejemplo, sus poses «jansenistas» y su mansedumbre al frente de la Inquisición venían forzadas tanto por la subordinación del Gobierno español ante el francés como por el deseo de agradar a los ilustrados españoles de la época. Con frecuencia y habilidad, utilizó los medios de comunicación y la correspondencia oficial para complacer a sus patronos, destacar sus quehaceres y causar buena impresión. La publicación de las *Actas y memorias*<sup>14</sup> de la Sociedad segoviana y los abundantes artículos del *Memorial Literario*, en que se recogían las actuaciones y «adelantamientos» de la Sociedad, le sirvieron de trampolín hacia la corte. En este aspecto, en la utilización de los medios de comunicación como vehículo de promoción personal y de transmisión de la ideología oficial, fue un competente propagandista de la política oficial y de su propia labor. También sus *Pastorales*, representaciones ante el rey e informes al Vaticano, estuvieron siempre saturados de autocomplacencia, adulación y servilismo.

<sup>13</sup> ARCE, Ramón José, *Pastoral que el Excelentísimo Señor Don Ramón José de Arce, Arzobispo de Burgos, Inquisidor General dirigía al Clero y demás fieles de su Diócesis*. Madrid, Oficina de don Benito Cano, 1799.

<sup>14</sup> *Actas y memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Segovia*, Antonio Segovia, Espinosa imp., 1785, 4 vol.



Sus actividades como inquisidor, ajustadas a las reformas eclesiásticas impuestas por Godoy, siguieron fielmente el programa regalista diseñado por Floridablanca en la *Instrucción Reservada* de 1787. Curiosamente, en lo referente a la creación de una mesa censoria, mantuvo las pautas fijadas por el mismo Jovellanos en la *Representación a Carlos IV sobre lo que era el Tribunal de la Inquisición*<sup>15</sup>, de 1798. Su mansedumbre como inquisidor, tantas veces mencionada por sus contemporáneos, pudo ser su mejor virtud. Llegó al extremo de merecer las censuras de sus enemigos por su lenidad. Durante su mandato las cárceles de la Inquisición permanecieron vacías, las sentencias que se dictaron fueron benévolas y varios condenados pudieron huir con sorprendente facilidad. Arce supo demorar el cumplimiento de la sentencia contra el cura de Escó (único convicto relajado al brazo secular, es decir, condenado a la hoguera), evitando la protesta internacional que hubiera generado tal ejecución. Supo adaptar y supeditar el colosal y añoso aparato inquisitorial a las conveniencias y exigencias del Gobierno.

Sin embargo, cuando fue preciso, también desplegó su pericia para la conspiración y su aptitud para la intriga al servicio de sus superiores. Así lo demostró en la caída de Urquijo en 1800, favoreciendo los intereses de Godoy y del Papa; en la detención de Marchena, con la que intentó ganarse el favor de Fernando VII; en las discretas misiones que lo llevaron a París en 1813, a instancias de José I; en la Junta de Socorros, tapadera de la maquinación napoleónica de 1815 y en la colaboración con el «espion» Miñano, a las órdenes del Gobierno español.

No obstante, sería injusto tratarlo como un vulgar arribista y negar sus extraordinarias dotes de gestor, las cuales demostró cumplidamente con su eficacia al frente de la Sociedad segoviana, con su flexibilidad para acomodar el gigantesco aparato inquisitorial a las directrices gubernamentales, con su firmeza para imponer sosiego en el turbulento cabildo zaragozano y con su astucia para obstruir o demorar las insaciables pretensiones vaticanas. Igualmente fue encomiable su capacidad de trabajo, atestiguada por el enorme volumen de documentación que salió de sus manos o que fue supervisada por él y por los comentarios de su secretario, Esteban de la Gándara, sobre su dilatado horario laboral.

Si como hombre público demostró las cualidades y virtudes reseñadas anteriormente, en su vida privada abundaron los defectos y vicios. Así, su ilustración, su amor por las letras, defendida por alguno de sus amigos, no es perceptible ni en su obra escrita, de la que solamente se conocen tres *Cartas*

<sup>15</sup> JOVELLANOS, Melchor Gaspar de, *Obras publicadas e inéditas*. Miguel Artola edición literaria; t. 5.º, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, pp. 333-334.

*Pastorales* carentes de originalidad, ni en sus gastos, ya que durante dos años sólo adquirió una obra literaria. Por el contrario, su afición por el lujo y la ostentación están profusamente verificadas en sus compras de carruajes, muebles y vestimentas y en la pompa de la que recubrió sus actos y apariciones públicas.

De sus relaciones con la marquesa de Mejorada, que escandalizaron a sus contemporáneos, también se conservan testimonios y numerosas pruebas en sus *Cuentas*, incluso el recibo por la compra de cinco docenas de rosas con motivo del 60 cumpleaños de la aristócrata. Estos amoríos fuerzan a mencionar una grave lacra del arzobispo: su hipocresía. Su comportamiento fue totalmente inconsecuente con los principios que defendió en sus *Pastorales*. Frente al rigor moral, la austeridad y la castidad que recomendaba y exigía a sus subordinados, sus costumbres pecaron de inmoralidad y ambición. Su doblez moral también se manifestó con su participación en la conspiración que produjo el hundimiento de Urquijo, cuando sus sermones y gestos «jansenistas» no le impidieron unirse al grupo ultramontano más extremista. En Zaragoza potenció el culto mariano, declarando calendo el día del Pilar, pese a que dicho culto prácticamente era considerado como idólatra por los «jansenistas».

Su proceder como persona de orden, siempre sumiso al poder establecido y enemigo del caos revolucionario, estuvo ideológicamente en línea con el reformismo ilustrado, es decir, en la posición contradictoria de quienes pretendían mejorar las condiciones de vida del pueblo, pero sin renunciar a sus privilegios. Como firme defensor de las sociedades económicas, siguiendo las directrices de Campomanes y de Godoy, trató de mantener la paz social fomentando el crecimiento económico mediante la participación del clero en la renovación educativa y científica. Pero apenas modificó las lucrativas ventajas del alto clero e incluso incrementó las sinecuras y exenciones que él mismo había alcanzado. Sus actuaciones (como clérigo ilustrado, siendo canónigo en Segovia, y como abusivo señor eclesiástico, cuando ocupó la mitra zaragozana) fueron incongruentes: mientras que en la ciudad castellana animó las reformas agrarias, en Aragón gravó con nuevos diezmos a sus diocesanos. Únicamente dio muestras de generosidad y coherencia cuando mejoró las retribuciones de los sacerdotes zaragozanos, aunque acaso lo hizo para escarmentar a los revoltosos canónigos y para granjearse la admiración del pueblo zaragozano.

Arce casi siempre manifestó un carácter pusilánime que le llevó a fugarse y esconderse ante el peligro. Las persecuciones que sufrieron las «criaturas» de Godoy le causaron ataques de «niervos» y le llevaron a ausentarse de la corte. Su apoyo al bando francés obedeció más al miedo que a las convicciones, de las que no anduvo muy sobrado. Escondido en su tierra natal, apoyó alternativamente a ambos bandos, en función de quién controlase el territorio, como lo

prueba su correspondencia con el cabildo zaragozano. Su adscripción josefina fue accidental; de haberse refugiado en el sur de España, hubiera sido un «patriota».

La codicia insaciable fue su perversión más palmaria. Mientras el pueblo de Zaragoza pasaba calamidades y hambrunas en el comienzo del siglo, Arce, a través de su adlátere, el canónigo Elías Lanza, se encargó de aumentar los impuestos y de amasar una gigantesca fortuna personal. Incluso tras la guerra, mintió al Papa y al Rey y falseó sus datos para que Fernando VII le mejorase su pensión. Si se tiene en cuenta que un cura rural se consideraba bien pagado cuando su congrua, es decir, la renta mínima de un oficio eclesiástico para poder sostener dignamente a su titular, alcanzaba los 3500 reales; su colosal renta anual siendo Arzobispo de Zaragoza (1600000 reales de vellón) era totalmente desproporcionada, ya que equivalía casi al salario de 500 curas.

Aunque tuvo un destacado protagonismo histórico, Arce, «el omnipresente», el hombre que implementaba a la perfección los programas gubernamentales, que se supo hacer imprescindible para sus superiores, careció de iniciativa personal. Fue simplemente un peón aventajado en la labor gubernativa de los principales dirigentes de la época. Sólo cuando se enfrentó a Murat, con motivo del apresamiento de Marchena, tomó una decisión personal. Sin embargo, lo hizo animado por el deseo de congraciarse con Fernando VII, al que suponía triunfante tras el motín de Aranjuez de 1808.

Por último, se debe descartar alguno de los baldones que ciertos historiadores le adjudicaron. Si conoció secretos de alcoba de la familia real, no existe la menor evidencia de que los divulgase ni de que los emplease en su propio beneficio. También parece desechable la tan citada pertenencia masónica. La carencia de pruebas aportadas al respecto es absoluta y la única denuncia formulada en tal sentido no merece la menor credibilidad. Como tantos otros personajes godoyistas, liberales o josefinos, fue víctima de una implacable e injuriosa campaña que arruinó su imagen histórica. En 1815, el disparate complotista de Barruel le alcanzó de lleno y, al igual que todos los afrancesados y liberales, fue acusado de masón y jacobino.

Ciertamente, restan por conocerse algunos pasajes todavía oscuros de la vida del arzobispo y de la propia historia de España. Así, resultan confusas sus relaciones con el duque de Almodóvar y su posible intervención en la misteriosa conspiración de Picornell. Los encargos reservados que realizó en Francia por mandato de José I, entre 1813 y 1830, tampoco han dejado huella documental conocida. Los papeles que conservó hasta su muerte podrían aclarar algunas de las incógnitas anteriores, pero, al parecer, fueron destruidos o permanecen en ignorados archivos privados. Tampoco se ha dado con su testamento. El hallazgo de estos documentos permitiría completar la visión de tan polifacético personaje.

En resumen, a la luz de los documentos consultados, la figura del inquisidor general Arce aparece cubierta de virtudes y defectos. Las primeras predominaron en su actividad pública y durante sus años jóvenes, mientras se encaramaba al poder. Los segundos abundaron en su vida privada y durante sus últimos años.

Con todo, su biografía ejemplifica las contradicciones de los ilustrados en la alambicada transición del Antiguo Régimen al Liberalismo. Desde posturas moderadas, favorecieron las reformas y trataron de evitar el caos revolucionario, pero la crisis económica, la Revolución francesa, la guerra de la Independencia y, especialmente, sus propias incoherencias los condujeron al fracaso.

Sin embargo, su directriz vital más pronunciada fue la de permanecer a la sombra del poder y, por tanto, consolidarlo para permanecer bajo su amparo.